

Ciudad, redes y procesos caóticos en el Perú actual

City, networks and chaotic processes in Perú today

Rafael Ramón Ojeda ^{1*},

¹ Universidad Tecnológica del Perú

RESUMEN

El trabajo muestra el espectro de confrontación de los dos polos que son el foco principal de antagonismos políticos y sociales del país, desde el análisis de los eventos disruptivos que están produciendo elementos caóticos que, no obstante oponerse, refuerzan aquella tendencia polarizante que está originando, como suma de inestabilidades y reforzamiento de procesos caóticos, eventos que se presentan como características sustanciales de las luchas sociales, que van del espacio real al virtual y del virtual al fáctico de la geografía urbana. Una situación que a pesar de lo positivo, por la condición activa y organizada de los grupos de acción colectiva y los movimientos sociales en la urbe, como grupos de presión y participación ciudadana, procesos coordinados desde el activismo factual y el ciberactivismo de las redes sociales; está empezando a afectar en el accionar del Estado, presionando además a los complejos urbanos nacionales, que tienen como eje de lucha la capital peruana, como ciudades fallidas, al borde del colapso. En este sentido, la ciudad, otrora referente primordial de la vida civilizada y en sociedad, ha venido experimentando, desde las continuas disputas políticas, culturales, sociales y morales de sus habitantes, un sinnúmero de procesos negativamente sinérgicos, que pendulan entre un gran sector de la población que pugna en pos de sus derechos ciudadanos y su derecho a la ciudad, enfrentado a otro que pretende cancelarlos.

Palabras clave: Ciudades fallidas, antagonismos, redes sociales, ciberactivismo, movimientos, acción colectiva, caosmosis.

ABSTRACT

The work shows the spectrum of confrontation of the two poles that are the main focus of political and social antagonisms of the country, from the analysis of the disruptive events that are producing chaotic elements that, despite opposing, reinforce that polarizing tendency that is originating, as a sum of instabilities and reinforcement of chaotic processes, events that are presented as substantial characteristics of social struggles, ranging from real space to virtual and virtual to factual urban geography. A situation that despite the positive, because of the active and organized condition of the collective action groups and social movements in the city, such as pressure groups and citizen participation, coordinated processes based on factual activism and the cyberactivism of social networks; It is beginning to affect the actions of the State, also pressing the national urban complexes, whose axis of struggle is the Peruvian capital, as failed cities, on the verge of collapse. In this sense, the city, once a primordial referent of civilized life and society, has been experiencing, from the continuous political, cultural, social and moral disputes of its inhabitants, a countless number of negatively synergistic processes that oscillate between a large sector of the population that struggles in pursuit of their citizenship rights and their right to the city, faced with another that intends to cancel them.

Keywords: Failed cities, antagonisms, social networks, cyberactivism, movements, collective action, chaosmosis.

Historial del artículo:

Recibido, 14 de mayo de 2017; aceptado, 10 de junio de 2017; disponible en línea, 30 de junio de 2017

* Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, estudios de maestría en Filosofía y Sociología en la misma universidad. Docente de la Universidad Tecnológica del Perú.
Correo: rafaelojeda@hotmail.com

Este es un artículo de acceso abierto, licencia CC BY (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>)

INTRODUCCIÓN

Hay en la ciudad contemporánea una noción emergente y terminal al mismo tiempo, como punto de partida de inestabilidades e incertidumbres encarnadas en las múltiples manifestaciones caóticas, cuyos efectos han tendido a diseminarse hacia todas las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales de la metrópoli actual. Inestabilidades que tienden a desbordar las cartografías urbanas y mapeos de ciudadanía, a partir de procesos desbocados que están mostrando la existencia de una suerte de ósmosis caótica, como la influencia recíproca de procesos caóticos o reciprocidad crítica de perturbaciones, con sus efectos urbanos problemáticos que están produciendo una suerte de “caósmosis” –pero no entendida a la manera de Félix Guattari (1996), que define lo caótico como la interacción dinámica del caos y el ordenamiento inestable de lo complejo, como una suerte de danza, coexistencia o “reconciliación entre el caos y la complejidad” (pp. 99-100)– que explica un contexto metropolitano inestable, en el que se da, en ósmosis, una serie de procesos disruptivos que se van sumando, autorreforzando, articulando hasta agudizar el espectro crítico de la ciudad, para determinar nuevas formas de sociabilidad, con sus efectos etnográficos, políticos, económicos y culturales, que describen nuevas actitudes y nuevos antagonismos sectoriales en una sociedad polarizada. Algo que está determinando las novísimas evoluciones y comportamientos de una población, en una ciudad cada vez más enfrentada, fragmentada e interrelacionada en sus efectos “caósmicos” y disruptivos que están arrastrando a la ciudad al colapso.

Estas luchas, que tienen como eje y centro a la capital peruana, luchas antes coordinadas únicamente dentro del espectro territorial del asambleísmo, terreno marcado por la centralidad del proletariado y el tipo de asociaciones clásicas, como sindicatos, confederaciones y agrupaciones diversas, ahora, ante el carácter situacional y aleatorio de los diferentes reclamos de los movimientos y grupos de acción colectiva, como espacio de asociaciones y convocatorias han migrado desde el terreno concreto de lo urbano hacia el espectro desterritorializado y virtual del ciberespacio. Es decir, se ha desplazado desde la ciudad real hacia una suerte de ciberciudad, donde las convocatorias, desarrolladas sobre todo en el terreno del ciberactivismo, que implica el uso de los medios digitales en prácticas similares a las del activismo político, instrumentalizan, en un tiempo casi post-mailing, el nuevo espectro de aglomeraciones y pugnas ciberpolíticas, desde nuevas formas de participación social, con grupos de acción colectiva, movimientos sociales 2.0 y asociaciones diversas que se reúnen y coordinan en el espacio virtual, espacio hiperconectado a través de redes electrónicas que

están transformando las formas de hacer política, desde “ágoras virtuales”, con sus contrapartidas reales y fácticas desplazándose en el centro de la ciudad.

Crisis, convulsiones sociales y ciudades fallidas

La ciudad se presenta como el eje de operaciones políticas, económicas, tecnológicas y sociales, cuyos efectos “caósmicos”, entendidos como la sumatoria de sus procesos político-sociales caóticos, cuyos efectos sinérgicos, ante la confrontación de sus polos conservador y contestatario en el centro de la urbe, están haciendo que la ciudad se vea colapsada. Es desde estos síntomas que se vislumbra procesos simultáneos de solución y disolución, elementos que podrían leerse desde la evidencia de un protagonismo cada vez mayor de movimientos sociales y bloques regionales que están convulsionando la ciudad. Fenómeno que a la vez de albergar sectores que contradictoriamente representan a un gran espectro social masificado y fragmentado, al mismo tiempo, producto de la proliferación de los márgenes, tras las migraciones e incidencias de violencia social, criminalidad, inseguridad, anomia e insalubridad pública, también tiende a crear algunas alternativas que pueden ser vislumbradas desde lo que Guattari (2004) ha llamado “revolución molecular”, pero en el sentido positivo del término, como una fuerza de desagregación frente a la pulsión general y totalitaria que marcharía en pos de una suerte de –si lo decimos a la manera de Jacques Derrida (1997)– “diseminación de protagonismos”, como inserción o emergencia de múltiples movimientos de resistencia o luchas en pos de ciudadanía, manifestados a través de huelgas, bloques sociales de presión, movimientos regionales arribados a la ciudad, además de organizaciones diversas, trasversales y antisistémicas, que se presentan como síntomas –contradictoriamente saludables, si consideramos el papel que empieza a jugar la sociedad civil en el control político-social– del advenimiento de una crisis aún mayor.

David Harvey (2013), al investigar en torno a la “ciudades rebeldes”, ha escrito que la ciudad, a lo largo de la historia, se ha presentado como el centro de acumulación del capital y el capitalismo que revoluciona periódicamente la vida urbana; además de ser el centro de las luchas de clases y de las luchas anticapitalistas (p.171). Luchas trascendentales que, para el estudio de los procesos mundiales, tienen como protagonistas a ciudades importantes como París, Petrogrado, Córdoba, Seattle, Quebec, Génova o Porto Alegre –París con la Revolución francesa de 1789, la Comuna de 1871, las movilizaciones urbanas de mayo de 1968; Petrogrado, de la Revolución soviética de 1917; el Cordobazo argentino de 1918 o el de 1969; los movimientos antiglobalización, en Seattle 1999–, y otras que no solo han sido ejes

protagónicos de acontecimientos, sino que también fueron focos desde los cuales dimanaron las ideas revolucionarias y reformistas para pasar a copar a otras ciudades con sus repercusiones continentales y mundiales. Por lo que Harvey (2013) se pregunta si ¿es la ciudad un sitio meramente pasivo en el que se dan las corrientes de lucha política o si ciertas características urbanas son más propicias a las protestas rebeldes que otras? E indica que hay una variedad de elementos que pueden determinar la trascendental importancia de las estructuras urbanas para que una rebelión acaezca. Así, para él, lo urbano pasa a funcionar como el ámbito de acción y rebelión política, debido a la centralidad de sus plazas (Tiananmén), la mayor facilidad para erigir barricadas (París), o por la ubicación que le permite controlar las principales rutas de abastecimiento a la ciudad principal (El Alto en La Paz); hace que el Estado, consciente de las características propias de su ciudad, suele apelar al urbanismo para reorganizar las infraestructuras y la vida urbana con el fin de controlar y contener a las poblaciones problemáticas, vía la remodelación física y social de la ciudad, entendida como arma para la lucha política, a través del planeamiento y construcción de barreras que permita pacificar, vigilar y controlar la ciudad (pp. 173-174).

La ciudad actual muestra un escenario de contradicción fáctica entre el funcionamiento de la Sociedad Civil y la acción del Estado. En la sociología política o la politología se habla de Estados débiles, colapsados y fracasados (Chomsky, 2007; Rotberg, 2007), algo que en un contexto urbano como correlación de efectos, nos ubica dentro de los márgenes “caosmóticos” de las ciudades fallidas, que según el esquema que hiciera Rotberg (2007) para los Estados, mediaría entre las ciudades colapsadas y fracasadas, producto de los procesos caóticos que se vienen retroalimentando a sí mismos, vía contradicciones y tensiones sociales que fueron confluyendo en las ciudades más importantes del país, y que han salido a movilizarse hacia la capital, en forma de múltiples manifestaciones sectoriales: huelgas, plantones y marchas políticas, debido a que el Estado ya no representa o ha dejado de representar los intereses y aspiraciones de sus electores.

Estas tensiones político-sociales están haciendo evidente la incongruencia existente entre los proyectos políticos y urbanos articulados desde el Estado, y las necesidades reales de una población que, debido a su eterna condición de frustración y desprotección, no se siente representada. Ante estos síntomas disfuncionales, es la noción de ciudadanos como socios libres e iguales, instaurada por los ideales republicanos de la Independencia, la que parece estar en juego; pues en el imaginario político social de los sectores conservadores, neocorruptores y ultraconservadores, ha ido emergiendo la idea de que, ante las frecuentes convulsiones sociales, un

Estado democrático que considera y respeta los derechos fundamentales y constitucionales de sus ciudadanos, siempre va a tender a ser tímido en sus facultades disuasivas y represoras frente a los disturbios ocasionados por los diferentes movimientos de acción social o grupos de presión, que pugnan en pos de perentorias reivindicaciones. Por ello, para estos sectores “neos” o “ultras”, la constitucionalidad y la legalidad viene funcionando como un lastre para la esperada “armonía social”, que implicará o solo se alcanzará con la anulación, hipertrofia o aniquilamiento de todos los antagonismos sociales, contención que finalmente llevará a la “pacificación” y orden armónico de la ciudad y el país, y la consecuente implantación de un régimen de autoritarismo y terror.

Centro de la ciudad como eje y foco de antagonismos

La Lima actual es un conglomerado de estilos arquitectónicos y urbanísticos provenientes de períodos históricos, escuelas arquitectónicas y niveles socioeconómicos y culturales múltiples, que al confluir en un mismo territorio, ha ido determinando esa imagen de megalópolis moderna, policéntrica, fragmentada, multicultural, informal y posmoderna que actualmente la caracteriza. Metrópolis enfrentada a un contexto caótico en el que, en el imaginario político-social de sus habitantes, ha ido emergiendo la idea de que, ante las diversas convulsiones sociales, un Estado democrático, que considera y respeta los derechos fundamentales y constitucionales de sus ciudadanos, siempre va a tender a ser tímido en sus facultades represoras y disuasivas, lo que lo mostraría como impotente frente a los disturbios causados por los movimientos que pugnan en pos de sus perentorias reivindicaciones políticas y sociales. Y es esa situación de turbulencias e inestabilidades, que de parecer un hecho normal –pues Laclau y Mouffe (1987) ya habían incidido en este punto contradictorio al afirmar que la sociedad no existe porque no puede entenderse sino en términos de antagonismos–, al agudizarse, los antagonismos pueden poner en riesgo la estabilidad y convivencia social en la ciudad, pues esta situación está desocultando la dimensión traumática que pueden alcanzar los antagonismos sociales. Sobre todo porque los sectores conservadores y retardatarios de la ciudad, vía un populismo funcional y amorfo, han venido diseminando sus líneas ideológicas hasta imponer sus intereses en los sectores pobres y bajos de la sociedad, hasta polarizar al país.

Es en este punto, en el que Lima Metropolitana se presenta como dividida entre grupos conservadores no comprometidos ni identificados con la institucionalidad política y el orden democrático, que apelarán siempre al recurso del golpe de Estado como contención y solución autoritaria ante las convulsiones y disturbios político-sociales, sumado a movimientos que podría

resultarles más asonante, como las marchas del colectivo “Con mis hijos no te metas”, que se opone a algo que llaman “ideología de género”; frente a las exigencias de una población movilizadora, que suele manifestarse a través de distintos bloques de presión, diseminados en demandas sectoriales, que hasta ahora se han vislumbrado como conglomerados caóticos, amorfos y atomizados en torno a la reivindicación de sus derechos perdidos o desde pugnas reformistas diversas y en contra de los excesos del Legislativo y del Ejecutivo, como las movilizaciones contra de la ley de régimen laboral juvenil” –llamada ley pulpín–, del 2015, la huelga de docentes realizada a nivel nacional, entre junio y setiembre del 2017 –con agrupaciones de maestros arribados desde distintos departamentos del Perú para concentrarse en Lima–, las continuas movilizaciones de diversos colectivos antifujimoristas, además de las multitudinarias marchas contrarias a la violencia contra la mujer, denominada “Ni una menos”.

Estas confrontaciones, relacionadas de alguna manera con aquellas nuevas formas de asociación y aglomeración político-social, que tienen como eje el centro de la ciudad y sus vías estratégicas, como zonas de poder simbólico y fáctico, como la Plaza Mayor –rodeada por el Palacio de Gobierno, la Municipalidad de Lima y la Catedral–, el Congreso de la República, la plaza San Martín, además de puntos estratégicos, como las afueras o el frontis del Palacio del Poder Judicial –conocido como el Paseo de los Héroes–, como espacios que delimitan una geografía de desplazamientos y campos de asentamiento, que suelen configurar una suerte de ruta para la proyección de las luchas o movilizaciones sociales. Por lo que, en este sentido, la capital peruana se ha convertido en el eje de confluencia, reunión-enfrentamiento de los diversos bloques de presión, metropolitanos y nacionales, además de movilizaciones clásicas y temporarias encarnadas en las movilizaciones de partidos políticos, sindicatos de trabajadores, asociaciones estudiantiles, grupos a los que debemos sumar, sobre todo durante los últimos años, nuevos conglomerados de acción social y colectiva, como las movilizaciones de diversos grupos feministas y las de movimientos LGTB en sus días principales, como el Día Internacional de la Mujer o el Día Internacional del Orgullo Gay, respectivamente.

Lima es hoy el eje magnético, el centro deseado y la promesa efectiva para la congregación de los diversos grupos de presión y el lugar ideal para la canalización de las protestas arribadas desde todo el país. Alcanzó su cúspide referencial durante la denominada Marcha de los Cuatro Suyos, ocurrida los días 26, 27 y 28 de julio del 2000, en contra del fraude electoral y el anticonstitucional tercer intento reeleccionista consecutivo de Alberto Fujimori, con el arribo de diversos bloques regionales, movimientos políticos

y sociales, además de grupos de acción colectiva, estudiantes, campesinos y obreros, al centro de la ciudad; grupos que se fueron sumando a las continuas movilizaciones antidictatoriales realizadas desde tiempo atrás en la capital peruana. La movilización puso de manifiesto, pese a no haberse repetido, las posibilidades de articulación del descontento nacional, y las dimensiones que podrían alcanzar las manifestaciones contrarias a los excesos y vicios del autoritarismo de Estado.

Grupos antisistémicos y antipolítica institucional

Los recientes acontecimientos sociales, en un período posdictatorial, nos están indicando que el espectro político-social limeño, inserto en un contexto “caosmótico”, aún permanece signado por aquella suma de inestabilidades enfrentadas que están haciendo imposible cualquier intento de planificación, de certeza o predicción de lo venidero. Obedece a acciones antipolíticas anidadas en el interior de lo político, en el que también se cobijan grupos antisistémicos que están arrastrando, en este trance, al Estado y a la ciudad al colapso. Es la trampa de la legalidad y la constitucionalidad la que hace que la institucionalidad, la democracia y la civilidad estén indefensas ante el accionar de los sectores que suelen conspirar contra ella, desde el interior mismo de esta, al copar sus instituciones.

En este sentido, podemos ubicar una suerte de identidad necesaria e interdependiente, en los extremos “transpolíticos” nacionales, en los que grupos antisistémicos –es decir los sectores autoritarios y antidemocráticos que defienden o pugnan por la instauración de un régimen de facto (los que añoran una dictadura pasada, como la fujimorista de los noventas), además de los grupos subversivos (como Sendero Luminoso y el MRTA, de los ochenta y noventa)– suelen conspirar contra el Estado, para asumir, a través del miedo, un protagonismo problemático que, debido al arraigo del autoritarismo y el subrepticio apego hacia un pasado dictatorial, nos muestra a una población poco tolerante ante la inseguridad y falta de certezas, lo que está haciendo que, entre los sectores populares, haya un importante bloque –grupo cuyos intereses suelen identificarse con el de los sectores más retardatarios y retrógrados de la ultraderecha financiera y empresarial peruana– que evidencia una predisposición intolerante y fanática hacia la ruptura o desarticulación del orden institucional y democrático peruano. Una inclinación que continúa caracterizando a los actuales seguidores del fujimorismo, un sector cuyo voto duro, según cifras de la Oficina Nacional de Procesos Electorales (ONPE, 2016a), que se grafican mejor en los resultados de la primera vuelta electoral de las elecciones presidenciales de 2016, en las que el fujimorismo, representado por Keiko Fujimori, lideresa

de Fuerza Popular, alcanzó un total de 6'115,073 votos, es decir, un total del 39, 86 %, del espectro de votos válidos en el país.

Immanuel Wallerstein (2005), que con este concepto –dentro de su corpus de ideas en torno al capitalismo histórico y a la idea del sistema-mundo capitalista– se refiere únicamente al sector contestatario y no al conservador de la política, asumiendo un significado diferente, debido a la ausencia de exterioridad en su visión del sistema-mundo capitalista, ha descubierto una paradoja, pues si bien los “movimientos antisistémicos existen, en principio, para socavar el sistema, no para sostenerlo (...) Sin embargo, las actividades de estos movimientos sirvieron en conjunto para reforzar considerablemente el sistema” (p.153) reformándolo. Además de identificar las tres mayores variantes de los movimientos –fragmentados y enfrentados entre sí– que él denomina antisistémicos, y que aquí focalizamos solo como uno de los polos, muchas veces democratizante, del conflicto:

1. trabajadores/sociales,
2. Étnico/nacionalistas y
3. Grupos de mujeres.

Grupos que permanecían, cada uno, librando la batalla por sus propias propuestas e ignorando o incluso enfrentándose a las de los demás. Uno de los mayores problemas de estos movimientos ha sido su incapacidad para encontrar un terreno de luchas común, pues para cada grupo las quejas que sus adherentes articulaban eran las fundamentales, en tanto que las quejas de los otros movimientos eran secundarias y únicamente servían como distracción. Por lo que cada variedad insistía en que sus quejas deberían ser resueltas en primera instancia. Así, los partidos socialistas, por ejemplo, encontraban serias dudas ante el papel de las organizaciones de mujeres, mientras estas tenían sus reparos ante las relaciones con los grupos étnicos/nacionalistas (Wallerstein, 2005, p. 172), conflictos que han reforzado estos antagonismos vanos, ficcionales y contingentes, que en lugar de sumar fuerzas, en lo que Hardt y Negri (2002) han llamado “contrapoder” –poder no oficial enfrentado al poder del Estado y sus instituciones, sumados a los grupos sociales hegemónicos que los auspician–, se obstaculizan.

Ciberactivismo, movimientos de presión y redes sociales

Desde hace más de dos décadas, se viene dando en nuestro país, una disección político-social que está delimitando el campo o la arena de los antagonismos políticos. Antagonismos que han migrado y se están concretando también en el espacio virtual de las redes sociales, un espacio en el que la oposición manifiesta se está dando también entre el sector conservador que

promueve la campaña “Con mis hijos no te metas”, ligados a la Iglesia católica, a grupos evangelistas, además de fujimoristas y puritanos de derecha; frente al sector antifujimorista, que agrupa a colectivos como “No a Keiko”, “Keiko no va” y “Fujimorismo nunca más”; como bloques que, desde las redes, están representando a los sectores de mayor trascendencia y aglutinamiento al momento de copar y desestabilizar la ciudad.

En este panorama, debido a la importancia fáctica y simbólica de los espacios, se puede hacer una suerte de mapeo urbanístico de los principales ejes de aglomeración, que tiene como eje el centro de la ciudad y sus zonas estratégicas, en plazas como la Plaza Mayor –que está rodeada por el Palacio de Gobierno, la Municipalidad de Lima y la Catedral–, la plaza San Martín, la plaza Dos de Mayo, la plaza Bolognesi, el Campo de Marte, además de edificios estratégicos, como el Congreso de la República, las afueras o el frontis del Palacio del Poder Judicial, en el Paseo de los Héroes; ministerios como el de Trabajo, en la avenida Salaverry; avenidas y jirones, como las avenidas Arequipa, Tacna, Abancay, Garcilaso de la Vega, Nicolás de Piérola, jirón Lampa, Paseo Colón, y otras que van delimitando un terreno de desplazamientos, que suelen configurar esa suerte de ruta para la proyección y manifestación de las luchas políticas y sociales. Pugnas antes integradas y coordinadas en el campo del asambleísmo, otrora terreno marcado por la centralidad del proletariado, en la presencia de organizaciones o sindicatos de trabajadores fabriles, y que ahora, como espacio de asociaciones y convocatorias, ha migrado hacia el espectro desterritorializado del ciberespacio, es decir de la ciudad a una suerte de ciberciudad.

Las actuales convocatorias han dejado de ser presenciales y nacionales para abarcar el terreno del ciberactivismo, que se presenta como el eje trascendental de sus coordinaciones y disputas políticas, desde grupos virtuales que tendrán pronto sus contrapartidas fácticas y reales en sus aglomeraciones y desplazamientos por las plazas públicas y avenidas; colectivos que, no obstante sus frecuentes acciones y manifestaciones callejeras, suelen ostentar su resonancia y repercusión masiva en las redes sociales. En un tránsito, en el que las pugnas políticas y sociales han venido migrando desde el terreno concreto de lo urbano, hacia el espectro desterritorializado y virtual del ciberespacio. Ciberespacio no solo de convocatorias sino también de enfrentamientos políticos múltiples, desde el ciberactivismo de redes sociales, como facebook, twitter, instagram, instrumentos o soportes comunicacionales que canalizan formas ahora ciberpolíticas de acción y participación social 2.0, en el que las luchas y debates se dan también en tiempo real, pero que dejan huellas de su registro en el tiempo. El espacio está transformado la antigua

noción de “urbanismo de redes” (Dupuy, 1998) de la ciudad, hacia la noción más habitual de las redes electrónicas de la ciberciudad, por lo que las pugnas políticos-sociales han asumido nuevas dimensiones.

De ahí que las convocatorias vía redes sociales, como ejercicios aspiracionales de ciberciudadanía, se caracterizan por ser, de alguna manera, horizontales y libres, lo que les ha ido dotando de un carácter situacional y aleatorio a sus convocatorias y consecuentes movilizaciones, que suelen ser más inmediatistas, reactivas y contingentes, que planificadas; por lo que este tipo de coordinaciones pueden devenir solo en plantones y marchas, pero no en paros nacionales o en otro tipo de medidas de largo aliento. Lo que hace que haya tipos de coordinaciones marcadas aún por esa necesidad de presencia, aunque esta sea territorializada y jerárquica. Algo que ha empezado a darse, no como un proceso de sustitución de formas organizativas y programáticas, sino de contingencias asociativas que despiertan nuevas necesidades de organización; pues las marchas coordinadas vía las redes sociales, movilizadas por el ciberactivismo tienen el pasivo de ser estrictamente situacionales; en tanto, las movilizaciones coordinadas por organizaciones concretas de la sociedad civil, sean sindicatos u otras agrupaciones de defensa de los derechos humanos, son programáticas.

Confluencia de contrarios y procesos sinérgicos

En un contexto de disputas y enfrentamientos de contrarios, se podría dar la posibilidad de hallar algo que resulte esencial a ambos, que debería encontrarse más allá de lo político, para integrarnos a todos en un espectro que puede estar subsumido –más allá de prerrogativas ideológicas, religiosas, políticas, económicas, culturales y sociales– a la defensa de la vida. Sobre todo si el espectro de discusión parte de cierta eticidad y religiosidad que podría asociar el espacio de la defensa de los derechos humanos con la misericordia y caridad cristiana.

Las reivindicaciones de estos bandos en conflicto, que en esencia albergan similitudes y coincidencias substanciales, exhiben presupuestos traspasados ya por posturas ideológicas, que hacen que estos elementos sean inconciliables entre sí. Por lo que se dan polarizaciones absurdas en apariencia, pero reales en un sentido ideológico y fáctico, debido a que ambas prerrogativas, que parecen o deberían fundamentarse en asuntos primordiales, ligados sobre todo a la defensa de la vida; producen diferencias retóricas que resultan insalvables, como las que separan y enfrentan al colectivo “#NiUnaMenos” –que se pronuncia en contra de la violencia de género y el feminicidio– ante el colectivo “Con mis hijos no te metas” –ligados a sectores eclesíasticos y puritanos

que por tradición se pronuncian, además de lo que ellos llaman “ideología de género”, contrarios a todo tipo de violencia y favorables a la vida.

Es por ello que resulta fundamental al momento de intentar asir este espectro, que debería ser integrador, entender que la defensa de la vida nos debe interesar a todos, pese a que, en muchos momentos de la historia peruana y latinoamericana, esto ha parecido no ser importante, pues tomar partido por cierto corpus ideológico, ha implicado la asunción irracional de cierto tipo de ideas que suelen desdeñar o traspasar el terreno ético y moral de la concordia, para asumir efectos ideológicos que suelen dinamizar y engeñecer a sus partidarios, hasta terminar enfrentándolos. Desde hace más de dos décadas se ha venido concretando cierta polarización que podría resumirse en la oposición de un sector conservador, ligado a los grupos de poder nacional, a la ultraderecha peruana, a la Iglesia católica y al fujimontesinismo; enfrentado a sectores progresistas diversos, congregados en torno a múltiples causas sectoriales, a las ONG y sobre todo a grupos activistas que pugnan en pos de derechos humanos plenos.

Son las constantes tensiones políticas y sociales que ha venido experimentando el país, durante las últimas décadas, las que están haciendo que nos habituemos a las constantes movilizaciones que suelen recorrer las principales calles y plazas del centro de la ciudad. Algunas multitudinarias, como la marcha #NiUnaMenos, realizada indistintamente el 13 de agosto del 2016, el 12 de agosto 2017 y finalmente la del 25 de noviembre del 2017, esta última en conmemoración del Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer o Día Internacional de la No Violencia contra la Mujer. La acción multitudinaria de “#NiUnaMenos” es una apuesta estrictamente por la defensa de la vida de las mujeres, que reacciona a un contexto nacional en el que, según los índices internacionales, el Perú ocupa el tercer lugar a nivel mundial en casos de violencia o violación sexual contra las mujeres (Perú21, 2014), en un contexto en el que las estadísticas nos dicen que solo entre enero y marzo del 2017 se han registrado 1778 denuncias por abuso sexual en el país, según cifras del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP), y que en la mayoría de estos casos (1185), las víctimas fueron mujeres cuyas edades oscilan entre cero y 17 años (Lamula.pe, 2017). Los índices de feminicidio, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), de los 31 millones de habitantes en el Perú, cerca de 800 mujeres fallecieron a manos de sus parejas. Las muertes fueron por estrangulamiento, golpizas o asfixia. “Entre 2009 y 2015, 795 mujeres fueron víctimas de feminicidio, ante la impotencia de sus familias que clamaban por distintos medios justicia para sus casos” (América Noticias, 2016). Nuestra capital es la quinta megaciudad más peligrosa para

las mujeres en todo el mundo (Perú21, 2017). Todas estas estadísticas referidas a la violencia de género, nos muestran cifras de espanto, que dice mucho del tipo de sociedad sicopática en la que habitamos, en la que hace falta una revisión legal seria, que permita desplegar políticas educacionales y de seguridad que sean efectivas para la solución de la condición de postergación y desprotección de las mujeres.

El otro polo movilizado es “Con mis hijos no te metas”, movimiento integrado, principalmente, por padres de familia, miembros de la iglesia católica y asociaciones de evangelistas, que surge en Lima el 26 de diciembre de 2016, y reacciona contra las políticas públicas del gobierno de Pedro Pablo Kuczynski y su intento de reformar la educación peruana, a través de medidas que buscan alcanzar la “igualdad de género”, que este colectivo denuncia como un intento por imponer el “enfoque de género” o “ideología de género” en las escuelas de educación pública y en el Currículo Nacional Escolar, tipo “ideológico” que formaría parte de una conspiración mundial gay y lesbica para “homosexualizar” al país. “Con mis hijos no te metas” denuncia que estas medidas buscan provocar la desestabilización de la fe, la familia y la tradición. Cabe destacar también que este movimiento, que se reclama apolítico, ha sido respaldado constantemente por el fujimorismo, cuyos integrantes conspicuos suelen aparecer en sus manifestaciones (La República, 2017).

Es de resaltar que las movilizaciones de “#NiUnaMenos” están marcadas de una carga antifujimorista, que obedece a cuestiones específicas, pues es el Congreso de la República, controlado por la bancada fujimorista, el que desde hace mucho viene bloqueando proyectos de ley que podrían hacer más estrictas las leyes que sancionen la violencia de género y el feminicidio; además de haber sido el período de gobierno fujimorista el que tiene los pasivos de las esterilizaciones forzadas a las campesinas de las comunidades altoandinas. Hay entonces una notoria y sintomática competencia entre ambos movimientos, pues “Con mis hijos no te metas” suele incluir a “#NiUnaMenos” como parte responsable del intento de inclusión de la “ideología de género” en los currículos escolares.

Antis y pros. Ciudadanías enfrentadas

Es en este terreno de pugnas, que obedece sobre todo a aquella noción de la antipolítica –concepto desarrollado por Carlos Iván Degregori (2014), partir de la década del “auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos”, dada en los noventa y que él denomina “La década de la antipolítica”–, en el que tanto la ciudad como el país se han ido fraccionando, dividiendo en dos grandes bloques de presión, en medio de los cuales se encuentra el Estado en la figura del Poder Ejecutivo. Por un lado está el sector de los

fujimoristas, al que se le suele sumar el profujimorista, cuyo campo de acción es sobre todo el del Congreso de la República, y que desde allí, es decir desde el interior de la constitucionalidad, conspiran constantemente en contra la institucionalidad y los poderes del Estado. Por el otro, encontramos a los múltiples grupos de acción colectiva antifujimorista, que, desde la sociedad civil, asociaciones y agrupaciones sindicales, estudiantiles y políticas diversas, además del ciberactivismo, entendido como prácticas ciberpolíticas en los medios digitales, pugnan por la desfujimorización y redemocratización de la sociedad peruana.

Los resultados oficiales de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2016, suministrados por la ONPE, son los que finalmente mejor ilustran el espectro político-social polarizado del Perú y de la capital, un espectro que nos muestra una ciudad y un país dividido entre dos fuerzas casi equilibradas. Apoyado por el grueso del sector antifujimorista, el candidato de Peruanos por el Cambio (PPK), Pedro Pablo Kuczynski, ganó las elecciones por una mínima diferencia a la candidata de Fuerza Popular, Keiko Fujimori, con el 50,124 % de los votos válidos (8'591,802) sobre el 49,876 %, que representó 8'549,205 votos (ONPE, 2016b).

De ahí que no resulte sobredimensionado afirmar que el fujimorismo ha copado la voluntad de casi la mitad del país; en tanto la otra mitad le correspondería al grueso y diverso sector antifujimorista. Esto debido a que en situaciones de “riesgo” electoral –político y económico–, que se maximaliza sobre todo en la segunda vuelta, algo que ya se ha hecho visible, sobre todo en los últimos lustros, cuando al voto duro de los fujimoristas suele sumársele el de los sectores conservadores y ultraconservadores del país, los que en primera vuelta no suelen apostar por el fujimorismo, respaldo que permite el incremento porcentual en la segunda. En términos fácticos, la polarización entre un sector anti y un sector profujimorista, refleja la complicada cartografía política que divide al país. Toda la derecha y la ultraderecha peruana, suele congregarse en el interior del bloque fujimorista, al que se suma el bloque bastante activo en el ciberespacio, que en su versión más bizarra, se manifiestan en la presencia de los denominados trolls-fujimoristas o fujitrolls, gente a sueldo cuyo único trabajo es el de responder los mensajes de la oposición, atacar a los antifujimoristas y descalificar a cualquier personaje o político que los critique. En este sector también se encuentra “Con mis hijos no te metas”, grupo que suele exhibir una retórica antizquierda, bastante asonante a la de los fujimoristas.

Por otro lado, el espectro de los medios digitales del sector antifujimorista está integrado por colectivos ciberpolíticos como la coordinadora “Keiko no va”, que organizó durante los meses previos a las

elecciones generales del 2016, una campaña nacional e internacional para impedir el retorno del fujimorismo al poder; el colectivo “No a Keiko”, fundado un 14 de octubre de 2009, que tiene como objetivo impedir que el fujimorismo vuelva a gobernar al Perú, quienes manejan también “Keiko nunca más”; grupos o comunidades digitales como “Fujimorismo nunca más”; FUCK (Frente Unido Contra Keiko); además de otros, que son –sobre todo los dos primeros– los principales articuladores y divulgadores de las continuas movilizaciones antifujimoristas, las que son convocadas a través de las redes sociales, pero que tienen repercusiones fácticas multitudinarias en la ciudad. Colectivos que vienen coordinando, también virtualmente, las continuas marchas antifujimoristas, luego del indulto humanitario de Pedro Pablo Kuczynski en favor de Alberto Fujimori.

De hecho, en este sentido, también se suele hablar de ciudadanías virtuales, debido al uso libre y sin censuras de la información que circula en internet y al libre tránsito de las opiniones, que garantizaría la libertad de opinión, no obstante que asimismo tiende a relativizarse.

Basta decir también que la capital peruana se ha convertido en el centro deseado para la confluencia de los diversos bloques de presión, que pugnan en pos de un reconocimiento político y social. Hecho que con la llegada de los diversos bloques regionales, movimientos sociales, grupos de acción colectiva, asociaciones campesinas, partidos políticos disidentes, además de sindicatos de trabajadores, asociaciones estudiantiles y otros, movilizados desde los cuatro puntos cardinales del Perú hacia la capital; alcanzó una cima referencial o paradigma de lo que podría significar la canalización del descontento e indignación nacional arribados a la ciudad principal; desde aquella movilización multitudinaria conocida Marcha de los Cuatro Suyos, de julio del 2000, pero también de los eventos que lo antecedieron y lo sucedieron, que fueron dejando prácticas simbólicas, ligadas en algunos casos a lo performático, que se han ido convirtiendo en clásicos latinoamericanos de las protestas ciudadanas como “El lavado de la bandera”, y en menor medida el “muro de la vergüenza”, lo cual ha ido naturalizando, sobre todo durante los últimos años, la producción simbólica y el activismo político, desde acciones que tienden en algunos casos a lo teatral, en otros a lo performático, o en general, a ambiente de feria que le está dotando de un carácter ritual a estas manifestaciones.

La situación muestra lo saludable que están resultando estas manifestaciones, reforzadas ahora vía las redes sociales, que podrían ser presentadas como el umbral de una posibilidad mayor ante el autoritarismo y la impunidad promovida por algunos sectores hegemónicos de la sociedad y la política peruana.

CONCLUSIONES

Si evaluamos los diversos fenómenos y manifestaciones sociales ocurridas durante las últimas décadas y tratamos de encuadrar, debido a estas características disruptivas de los conglomerados humanos y movimientos sociales, a Lima dentro del esquema que David Harvey (2013) ha utilizado para clasificar a las “ciudades rebeldes” como París, Petrogrado, Córdoba, Seattle, Quebec o Génova; de hecho, Lima es más bien una ciudad reaccionaria y conservadora, pues los disturbios suelen venir de sus márgenes hasta copar la representatividad de la ciudad; e incluso, durante estos últimos lustros, se está haciendo uso del urbanismo para, desde la Municipalidad, bloquear y cortar el libre tránsito de las movilizaciones políticas por las calles y avenidas, a través de intercambios viales o bypass que agilizan el tránsito de buses y automóviles, pero que impiden los desplazamientos humanos y manifestaciones políticas.

En este sentido, las luchas sociales, las metropolitanas y las nacionales, han tenido como eje de operaciones, punto aspiracional y centro magnético, a la capital peruana; lugar en el que, hasta hace solo algunos años atrás, las movilizaciones, huelgas, paros y plantones, eran coordinadas solo dentro del espectro territorial del asambleísmo. Un terreno todavía marcado por la centralidad del proletariado y el tipo de asociaciones clásicas, ligadas a sindicatos, confederaciones y agrupaciones diversas, que han ido transformándose durante este último decenio, tiempo en el que se ha venido desarrollando aquella estrecha relación entre el espacio real y el virtual; el de las masas concretas y el de las convocatorias digitales, asumidas como instrumentos de coordinación, que están determinando un nuevo espectro de aglomeraciones y pugnas ciberpolíticas, y encarnando nuevas formas asociativas y de coordinación, pues en la interrelación activa entre las redes sociales y las plazas públicas –espacios nuevos y tradicionales de aglutinamiento–, se viene experimentando un desplazamiento hacia lo digital, pero acompañado de una simultánea necesidad fáctica de encuentro, que está haciendo que las asambleas, las coordinaciones y convocatorias vía redes sociales, desde sus diferentes formas de acción social y política, empiecen a dejar el nimbo del ciberespacio para territorializarse en forma de asambleas abiertas localizadas en un punto específico de la capital.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chomsky, N. (2007). Estados fallidos: El abuso del poder y el ataque a la democracia. Barcelona: Ediciones B.

- Degregori, C.I. (2014). La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Derrida, J. (1997). La Diseminación. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Dupuy, G. (1998). Urbanismo de las redes. Teorías y métodos. Barcelona: Oikos-Tau.
- Fujimorismo respaldó polémica movilización en contra del nuevo currículo escolar (4 de marzo de 2017). La República. Recuperado de <http://larepublica.pe/politica/853663-fujimorismo-respalda-polemica-movilizacion-en-contra-del-nuevo-curriculo-escolar>
- Guattari, F. (1996). Caosmosis. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- (2004). Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). Imperio. Buenos Aires: Paidós.
- Harvey, D. (2013). Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana. Madrid: Ediciones Akal.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Madrid: Siglo XXI.
- Lima, la quinta megaciudad más peligrosa para las mujeres en todo el mundo (16 de octubre de 2017). Perú21. Recuperado de <https://peru21.pe/mundo/lima-quinta-megaciudad-peligrosa-mujeres-mundo-380371>
- #NiUnaMenos: Perú ocupa el tercer lugar a nivel mundial en violencia de género (13 de agosto de 2016). América Noticias. Recuperado de <http://www.americatv.com.pe/noticias/actualidad/niunamenos-mas-60-feminicidios-se-registraron-pais-este-2016-n242589>
- Oficina Nacional de Procesos Electorales. (2016a). Resultados de primera vuelta electoral. Recuperado de <https://www.web.onpe.gob.pe/modElecciones/elecciones/elecciones2016/PRPCP2016/Resumen-GeneralPresidencial.html#posicion>
- Oficina Nacional de Procesos Electorales. (2016b). Resultados de segunda elección presidencial 2016. Recuperado de <https://www.web.onpe.gob.pe/modElecciones/elecciones/elecciones2016/PRP2V2016/>
- Perú es el segundo país con más violadores sexuales en Latinoamérica (27 de abril de 2017). Lamula.pe. Recuperado de <https://redaccion.lamula.pe/2017/04/27/peru-es-el-segundo-pais-con-mas-violadores-sexuales-en-latinoamerica/greciadelta/>
- Perú ocupa el tercer lugar en casos de violación sexual en el mundo (11 de octubre de 2014). Perú21. Recuperado de <https://peru21.pe/lima/peru-ocupa-tercer-lugar-casos-violacion-sexual-mundo-190003>
- Rotberg R., Clapham, C. y Herbst, J. (2007). Los Estados Fallidos o Fracados: Un debate inconcluso y sospechoso. Estudio preliminar, Patricia Moncada. Bogotá: Siglo del Hombre editores.
- Wallerstein, I. (2005). Análisis de sistemas-mundo. Una introducción. México: Siglo XXI Editores.